

Relato / ASENSIO SAEZ

Todo a cien pesetas

TODO a cien pesetas. Ni una más, pero tampoco una menos. Un éxito estimable el promovido por tal industria, bonito y acogedor establecimiento, convocador de una abigarrada clientela colorista a la búsqueda de aquella panacea para quedar bien, quiere decirse a la demanda del oportuno hallazgo con destino a la niña Samantha en su onomástica o al niño Borja al cumplir sus seis añitos, tan mono él, tan marinero en tierra, merecedor de recibir, conjuntamente con el disco de «La bella y la bestia», en su honor emitido por la emisora local, el sugestivo obsequio: bolsón de golosinas, estuche de lápices de color, dinosaurio de plástico... Todo a cien pesetas, atrás queda dicho.

En prácticos anaqueles forrados de formica se amontonaban, más o menos estéticamente, el muñeco vistosón, la terrina de caramelos, el reloj de esfera plana, como reloj a la plancha; el collar de abalorios, el florero con una flor-bombilla, el zueco con cepillo, la corbata con la vera efigie de Mickey Mouse y un inagotable catálogo de etcéteras.

Tras el mostrador aparecía la joven dueña de la atractiva tienda, Feliciano, feliz de proclamarse tendera autónoma de aquel inestimable «Todo a cien pesetas», muchacha con garabato, de veras guapa. Precisamente su belleza, en conexión con su establecimiento, iba a proporcionarle un día el más importante acontecimiento de su biografía, como enseguida podrá comprobar el curioso lector si, de verdad por curioso, mantiene el gusto de continuar leyendo.

Decíamos. La madre de Feliciano instaba a ésta tercamente al mejor aprovechamiento y sustanciosa ventaja de aquellos sus más que evidentes encantos personales:

Házte de valer, hija mía. Dios te hizo guapa para algo más que para llevar, muy bien llevado, por cierto, el mostrador de tu «Todo a cien pesetas», amén de desgastar tu mocedad al aire de la noche joven, a la puerta del pub de moda, fiebre del sábado noche por medio, espaldas pegada a la pared y en la mano la consabida litrona.

La gravedad del problema, según consideración pertinente de la madre, consistía en que, aún contando con las patentes propiedades de Feliciano, por todos reconocidas, podía correrse el riesgo de aquella amenazadora sentencia popular que, como en múltiples y conocidos casos protagonizados por las guapas sin fortuna, hacía pasar de largo a unos -pre-



tendientes «a caballo», y no llegar a otros -pretendientes «de a pie»-.

A las claras se vio luego que fue el destino y sólo el destino el que vino a provocar aquel breve pero enjundioso diálogo entre Feliciano y el turista que por azar -¿sólo por azar?- penetró una tarde en el establecimiento de aquella:

-¿Todo a cien pesetas, señorita?

-Todo a cien pesetas, caballero.

-Pero, ¿todo, todo?

-Todo, todo.

-Pues me quedo con usted.

Por lo menudo lo habría de contar la madre, más tarde, a quien se complació en escucharlo, que era la totalidad del barrio.

-Pues nada, que el tal cliente ha venido a resultar nada menos que un banquero americano, vamos, tal que en la copla de «La Triniá», predilecta de la Piquer, que en paz descansa; que estaba la Trini tomando tan ricamente el fresco de la tarde cuando, por puro azar, pasó por su lado el banquero americano que de Trini se

prendó.

De prenda, preñar. Bonito verbo. A gloria les sabían a la madre y a la hija tal palabra y su etimología, puro arrope. Así, prendado el hombre de Feliciano, genuina prenda, comenzó la amorosa relación entre la muchacha y el banquero americano.

-Tu, hija mía, como la Montijo. El que quiera azul celeste, que le cueste. Nada de unión sentimental, ni siquiera boda civil. Altar mayor con alfombra persa, curas y sacristanes de gala y trueno del órgano a tu paso, bajo los «flashes» del «Hola».

La belleza de Feliciano debió hacer ciertamente perfecta diana en el corazón del banquero americano pues, así, justamente como la madre lo demandaba, aunque sin música de Quiroga, vino a celebrarse la boda, todo un cuento de hadas, finiquitado por el viaje que llevaría a la feliz pareja hasta su nido neoyorquino.

Al cabo de un año, del brazo del esposo, volvió a España, Feliciano, por decisión del banquero, hoy Ingrid, que siempre hace más fino y que, de alguna manera, andaba más a tono con sus visones y aderezos de deslumbradora pedrería. Por otra parte, como venía a proclamar muy atinadamente la feliz madre, ¿no había sido aceptado por todos, a raíz de su versión cinematográfica, el tras-tueque del familiar Aladino por el más sofisticado Aladdin?

La primera visita de Feliciano o Ingrid fue a su establecimiento. Tras el mostrador, allí donde tantos sueños e ilusiones había alimentado un día, encontró a su actual regente, una desangelada muchacha del barrio. A ramplona tirando, intentaba suplir su total carencia de encanto con una profusión de tacos, por ella estimados como graciosos, sin duda aprendidos de la programación nacional del televisor.

-¡Coño, Feliciano, si pareces una marquesona!

Tuvo la atención de obsequiar a la visitante con un posavasos con una vista del Escorial.

Apegada a una por lo visto importante dosis de nostalgia, Feliciano o Ingrid se lo comunicaba a la madre:

-La verdad es que me hubiese gustado descubrir en mi puesto a alguien más parecido a mí, a ver si me entiendes: más una, más yo misma.

-Bueno, hija mía, lo que quieres es una de esas fotocopias humanas que hoy se llevan, así como gemelas o clónicas, que se dice. Tú, es que, puesta a pedir, te pasas, corazón.